

PREGÓN FIESTAS DE LOS REMEDIOS. YAIZA 2024

Por María Dolores Rodríguez González

Buenas tardes, sr. alcalde, concejales y concejales, párroco, autoridades, vecinas y vecinos de Yaiza, amigas y amigos.

Acepté con gratitud y cariño la invitación que me hizo Daniel, concejal de Cultura y Fiestas, en nombre de la Corporación y la comisión de Fiestas. Quiero destacar en primer lugar el orgullo que supone para mí ser pregonera de las fiestas de Yaiza, en honor de la Virgen de los Remedios.

Esta tarea me ha invitado a dedicar un tiempo, ¡Ay el tiempo! ¡Un suspiro! para volver la vista atrás y, como corresponde a todo pregón, trasladarles la memoria de las vivencias en este silencioso y tranquilo pueblo de Yaiza, que en estos días se llena de algarabía y bullicio.

Quiero comenzar con una frase de nuestro insigne escritor Benito Pérez Armas: "Un hombre sin historia es como un árbol sin hojas". Sin duda, la historia de Yaiza se articula en torno a esta plaza de Nuestra Señora de los Remedios, donde la Virgen nos acompaña y da sentido a las fiestas. Tenerla a Ella presente es tener presentes a las personas de mi familia, que nacieron y vivieron aquí.

Me permitirán que haga referencia a la historia familiar, para ir enlazando pinceladas de recuerdos con nombres propios que han marcado la vida del pueblo y a quienes no podemos dejar caer en el olvido.

Me remontaré a lo narrado por mi madre y mis tías , de cuando mi abuelo Hipólito venía de Uga a enamorar a mi abuela Mima debajo del árbol que da sombra a la puerta de la Iglesia, ese ombú que llegó de la pampa argentina, tierra a la que también había emigrado mi bisabuelo José; la plaza y el templo fueron testigos de ese amor y telón de fondo de su boda, y de algunos de sus descendientes, como mi hermana Mima, que casó con Juan, y mi hijo Adrián, que lo hizo con Carmen.

Mis abuelos maternos, Mima Feo Tejera e Hipólito González Díaz, nacieron respectivamente en Yaiza y Uga y mi madre, Dolores, en Uga, aunque posteriormente, como otros muchos conejeros que migraron de isla en busca de trabajo, marcharon a Tenerife, donde nacieron los demás, Carmita, Candelaria, Cristina y los mellizos Polo y Pepe.

Mis abuelos añoraban su pueblo natal y deseaban que sus hijos e hijas tuvieran un futuro en la isla. Así, mi madre, en Yaiza, continuó aprendiendo corte y confección con Rosa Díaz, prima de mi abuelo y aquí se quedó mi tía Carmen, al casarse con Bernardo Díaz, regentando la tienda de toda la vida "la tienda de Carmita".

Mientras, el trabajo estaba en Arrecife, y mi abuelo iba y venía a Yaiza; pero llegó el momento de dejar la casa familiar para instalarse en Arrecife, y allí mi madre conoció a mi padre, Ladislao, Lalo, mecánico naval, natural de Haría, que junto a sus padres, María Dolores Rodríguez Lasso y Domingo Rodríguez Méndez, y sus hermanas, habían bajado al "Puerto", que en aquel momento estaba en pleno desarrollo por las fábricas de conserva.

Fruto del matrimonio de mis padres nacimos seis hijos, dos de ellos ya fallecidos, María Dominga y Ladislao; yo soy la mayor y llevo el nombre de María Dolores como un legado precioso, que me vincula estrechamente con mi madre y mi abuela. Los demás son Mima, Antonio Ramón y María del Mar.

Nací en Arrecife, en la Vega, en casa de mis abuelos, y según me cuentan, tardé en abrir mis ojos al mundo lo que tarda una botella de anís en ser consumida por mi abuelo y mi padre, en su condición de nerviosos primerizos. Unos años después, mis padres se mudaron a la ciudad de las Palmas.

Allí estudié bachillerato, y al acabar, por una irrenunciable vocación, hice Magisterio y Geografía e Historia. A lo largo de este tiempo dedicada al oficio de maestra fui aprendiendo que enseñar no es sólo transmitir conocimientos sino sobre todo valores, siempre con respeto y amor hacia el alumnado, sintiendo cuando los veo ya, hombres y mujeres, que algo aportamos quienes los acompañamos en el desarrollo de sus potenciales y talentos.

También he dedicado un tiempo a la política. Esta tarea la asumí con la misma dedicación que he puesto en mi profesión.

Quienes vivimos en territorios insulares sabemos que el mar separa pero también une. Como ocurre con muchas familias del archipiélago, mis hermanos son "canariones" y eso obliga un constante ir y venir con las maletas de una isla a la otra, donde nacimos y nos criamos. Cada verano, y en cada ocasión posible, nos reunimos en Lanzarote, en la casa de Yaiza que atesora nuestra memoria, y los recuerdos que hemos seguido construyendo en cada

encuentro.

De chica, tengo impresa en la memoria el siete de julio, fiesta de San Marcial, con mi tía Cristina que preparaba la tortilla y los zumos para pasar el día del santo patrón en Femés. Era el inicio del verano y marcaba el comienzo de los preparativos de la casa en Yaiza, la casa de mi abuela, nuestra casa, que mis padres modernizaron con la llegada del agua y la luz, porque el candil, el quinqué, las palmatorias y el agua guindada del aljibe fue durante años el pan nuestro de cada día.

Recuerdo a mi madre, que se ponía morena bajo el sol que da en el amplio patio de la vivienda, mientras lavaba y tendía. Y cómo, cuando regresaba al piso de Las Palmas, extrañaba tanta amplitud mientras decía: "estoy empujando las paredes", cada vez que se le preguntaba cómo estaba.

En ese patio celebramos mi boda con Jesús Betancort y la de su hermano Víctor con Viki Fernández.

Las primeras comuniones, de mis hijos, Adrián y Alberto, se festejaron entre sus muros; aquí aprendieron a caminar y en la tahona de la casa, donde mi padre pasaba el tiempo haciendo arreglos y componendas, se entretenían y se llenaban de pintura entusiasmados, también con sus primos. Con nuestro siempre recordado sobrino Juan, con Javier y con Nicole se preparaban para ir a Playa Blanca, metiendo prisa a los mayores, cargados con palas, rastrillos y tablas.

Crónicas en el pueblo, muchas. Mi hijo Adrián, inquieto e incansable, casi se nos mata con la bici en la cuesta de Yaiza porque bajó a toda velocidad... Gracias a que no pasaron coches, y la casualidad de que, mientras regresamos de la caminata que hacíamos los mayores por el volcán, lo vimos salir despedido y pudimos auxiliarlo. Todo acabó con unos puntos en la pierna.

Ese mismo atrevimiento lo tuvo su padre, al sentar en la parte delantera del sillín de la bicicleta a Alberto, que se cayó bajando la cuesta del callejón y de milagro no pasó nada, solo fue el susto y como siempre se dice, “santo Tomás, una y no más”.

Mateo, el taxista, recogía a mis padres para ir a ver a sus parientes al pueblo de Haría o los alcanzaba a la ermita de la Nieves. Hasta que mi madre se sacó el carnet de conducir, y entonces iban también a ver a la Virgen en Mancha Blanca. Recuerdo que, al regreso por el volcán, ya de noche, mi padre le decía: “Dolores no veo”; y ella, con su paciencia de siempre respondía: “Lalo, que la que tiene que ver soy yo”.

Pensar en Yaiza es sentir sosiego y alegría, aislarse y entrar en un remanso de paz, que solo se altera con la llegada de la fiesta y las prisas para tener las casas albeadas, arreglado el pueblo, embellecida la plaza y las calles siempre limpias. Las noches al fresco, apagando luces y viendo brillar las estrellas.

Es tener en la memoria, con afecto y respeto, los nombres de nuestras vecinas, las ausentes y las que siguen aquí: Tomasa, que también nos vendía el pan; María Eugenia, conocida como María la de Félix, que ponía las inyecciones; Pilar, la mujer de Luis Ortiz, el farmacéutico —con la que comparto conversación en cuanto nos vemos—; Inmaculada González, compañera de juegos de infancia de mi tía Cristina, maestra de este pueblo y durante un tiempo, directora del coro parroquial; Lita e Inmaculada Viera, hermanas de Tito, al que comprábamos el vino para las fiestas, con las que compartimos cercanía.

Ramona de la Cruz, cosiendo siempre y que, muchas veces, para poder acabar el traje para alguna vecina, se olvidaba de ir a la fiesta; su hija Esther Cedrés, amiga y una hermana más para nosotros, siempre juntas en las alegrías y los momentos de tristeza; Mela López, que nos traía un detalle de fruta para refrescarnos en verano; Mari Gutiérrez, que preparaba el pelo y el manto de la Virgen; Chanita y su hermana Dolores, modernas y acogedoras; Lolita Panasco, protegida del sol bajo el árbol; Margarita Machín, asomada a su puerta, presta con una palabra amable de saludo y bienvenida; Carlota Reguera, siempre elegante y educada; Maquita, con el cristal de la ventana abierto mientras cosía, y su cuñada Reyita, la madre de Luis Alberto, que creó el grupo de espeleología, en él participaron mis hermanos con Mary, Lucía, Aquilino, Bernardito, Santiago, Juan Angel, Paco...; Juana Feo, que tuvo una vaca y mi madre le compraba la leche.

Y también Isabelita Parrilla, amiga de mi abuela y en cuya casa, acompañando a mis primas que se quedaban con ella, dormíamos alguna noche en unos colchones de paja que te dejaban molida, y nos daba a probar su famosa mistela para entrar en calor, pues la noches de Yaiza son fresquitas.

Que se lo digan a mi marido, mientras fuimos novios, que junto a nuestro amigo Joaquín Caraballo, venían en la fiesta a las verbenas y hasta que llegara la guagua por la mañana se metían debajo del escenario, pasando un frío que todavía recuerdan.

Y en la plaza de los Remedios, la pimentera, siempre vigilante de los quehaceres del pueblo, del trajín de la mañana, del ir y venir de los trabajadores, de los turistas y también presente en el sosiego del atardecer, cuando vamos a caminar hacía el Volcán o la Degollada.

Pimentera observadora del paso de las horas, de los tiempos en los que las fiestas eran de gran sencillez pero donde todos los vecinos participaban; lo que importaba era el encuentro entre quienes vivían en el pueblo y quienes regresaban. La Virgen de los Remedios era el motivo para volverse a ver. Un sabor cercano y vecinal que parece que se ha vuelto a recuperar.

La fiesta de Nuestra Señora de los Remedios coincide con el inicio de curso y, con ella, la levantada temprano para ir a trabajar después de una noche de verbena, donde el sonido de los altavoces retumba en los cristales mientras intentas dormir... Y sin querer queriendo, abres un poco el tapaluz de la ventana y al ver cuánta gente bailando queda aún en la plaza, te apuntas a dar un par de pasos de baile por el dormitorio sin poder resistirlo... Porque como todo el mundo sabe, las buenas verbenas son y siempre han sido las de Yaiza.

Y el día de la romería aguardando en la puerta de casa la llegada de los romeros, y con ellos los saludos, las fotos, y los encuentros con quienes hace tiempo no vemos.

Las fiestas cobran vida y color con el teatro, los playbacks y las corales. Gracias a la dedicación y talento de sus componentes nos hacen reír, llorar y soñar y demuestran el esfuerzo individual y colectivo que realizan para que disfrutemos de la magia del arte.

El fin de la fiesta con la sardinada en la plaza, antaño en Montaña Bermeja, donde lo que se llevaba se compartía y de regreso al pueblo, mis hermanos con sus amigas y amigos, se reunían en la cocina, donde mi madre les había preparado unas natillas, que les sabían a gloria.

Vuelta a la imagen del recuerdo: Todo preparado para el día grande, ya está la mesa puesta por mi tía Cristina, con mantel incluido y la comida de tradición, con sopa, carne compuesta, ensaladilla rusa y, de postre, su bizcochón con el fondán por encima, del que no tenemos la receta. Pero sí conservo en la memoria el trabajo intenso para batir a mano las claras y el azúcar y dejarlo reposar en la milana, para luego calentar y verterlo en el bizcochón.

La comida, abundante siempre, para recibir a los amigos y amigas que llegan después de la Misa y esperan los fuegos.

Los trajes para la función, planchados y preparados un buen rato antes de comenzar la Misa, para poder ir tranquilas y no perder sitio; la llegada de mi amiga Loli Reyes es ya tradición, que viene de Arrecife cada año para juntas gozar la misa y la procesión, al igual que tiempo atrás lo hacían su tía Manuela y mi madre. Y antes de irse, hay que comprar las piñas y los turrone, costumbre que no puede ni debe olvidarse.

En la Iglesia, en el día grande, el 8 de septiembre, además de los que vienen de fuera, el encuentro con las personas con las que siempre coincidíamos en la misa dominical, y que quiero nombrar con el máximo cariño, tanto a las que están como a las que no, pero siguen en nuestro recuerdo: Gregoria Reyes, madre de Juan Díaz; Sola Rodríguez, hermana de Esteban; Lorenza González, madre de Óscar Noda; Faustina, hermana de Vicente "el rubio"; Felisa Barrera, hermana de Alfredo; Carmen Curbelo madre de Joaquín Suárez... todas mujeres humildes y sencillas.

También están aquellas que continuamos viéndonos, las hermanas González y sus hermanos (los de correo), Inmaculada Rodríguez, Loli y María Teresa González, María, siempre colaborando en las tareas de la iglesia con prestancia y diligencia, Leandro Gutiérrez y Lucía López,

Carmen Roger,...

La plaza se llena de la música de la banda municipal para dar comienzo a la procesión, y entre oraciones y cantos, seguimos a la Virgen en su caminar por el pueblo.

Y para terminar, después de coger fuerzas comiendo algo en casa o en un ventorrillo, buscar un buen lugar para ver los fuegos, esperando que el próximo año volvamos a vernos.

Cuántos recuerdos y vivencias quedan por contar, cuántas personas sin nombrar, que están en mi memoria y espero no olvidar.

En este día de inicio de la fiesta dedicada a nuestra Señora de los Remedios, he querido recordar de manera especial a las mujeres, a las que nacieron y a las que llegaron y se quedaron a vivir en Yaiza. A ellas, sencillas, valientes, inteligentes, extraordinarias, que transmitieron valores, que cuidaron, que protegieron, que amaron y a quienes amamos, que forman parte de cada una de nuestras familias.

Vivir la fiesta de los Remedios es confraternización, es una invitación a saborear momentos, sentir la amistad, los encuentros, las risas, bailar, cantar, parrandear.. En definitiva, ser un pueblo que comparte momentos y celebra sus raíces.

Yaiza, nombre de mujer, en estos días, convive con su historia y con su presente. Un presente donde se está recuperando la cultura, las tradiciones y que no puede ni debe olvidar a todas y a todos aquellos que lo han hecho posible.

Creo, como Esteban Rodríguez, cronista oficial de Yaiza, — y así lo escribió en la dedicatoria manuscrita de su libro “Sembradas a voleo” que tuvo la gentileza de regalarnos poco antes de fallecer— que “un pueblo sin historia menuda es un pueblo perdido en la memoria olvidada”.

Sirva pues su reflexión, que hago propia, para cerrar estas palabras llenas de emoción, con un sentimiento de pertenencia a Yaiza, donde mi familia y yo nos sentimos felices.

Disfrutemos de las fiestas.
¡Viva la Virgen de los Remedios!